

Como cada 8 de marzo, hoy es posible encontrar numerosos artículos, en medios y redes sociales, conmemorando a escritoras del pasado que no fueron consideradas en su momento. Un trabajo valioso, por cierto, pues nos llama la atención sobre nombres injustamente olvidados, ofreciendo a la vez la posibilidad de volverlos visibles, de seguirlos leyendo o de empezar a hacerlo. Pienso, por ejemplo, en el importante volumen publicado por Imbunche que compila la obra de la escritora chilena de ciencia ficción Elena Aldunate, **Narrativa aumentada**, quien además escribió para el público infantil. O el caso, de hace unos años, de Lucia Berlin, que vino a incluir una estrella, y enormemente luminosa, a esa constelación inmensa que es la tradición del cuento norteamericano. Mi preocupación, a veces, cuando leo sobre estos rescates, es que la felicidad de reparar en estos olvidos nos distraiga de la tarea igualmente valiosa de prestar atención a las nuevas voces, de darles una oportunidad y un lugar en la celebración. Primeras novelas, primeras colecciones de poemas o ensayos. Primeras traducciones, también. O escritoras que quizás publicaron una sola obra en vida (como esa maravilla que es **Las listas del pasado**, de Julie Hayden, publicada hace un tiempo por la editorial española Muñeca infinita), o escritoras que se pasean entre géneros. Escritoras de ciencia ficción y de literatura infantil (María José Ferrada, por ejemplo, que es una de las finalistas del prestigioso premio Hans Christian Andersen 2026). O esos nombres que nos fascinan, que incluso son a veces publicados por editoriales grandes pero cuyos libros no llegan a Chile fácilmente. Escritoras deslumbrantes como Laura Fernández, en España, cuya novela **La señora Potter no es exactamente Santa Claus** es de los mejores libros que creo se han publicado este siglo, y que recibió numerosos premios en su país, pero aquí no se encuentra.

Más allá del rescate literario

El consuelo del rescate es pensar que siempre habrá alguien que lea más allá, que descubra y tenga el ánimo y la energía de llamarnos la atención sobre maravillas. Pero intentemos mirar antes.



La columna de
María José Navia

Creo que hay que sacar a la luz, pero también hay que apuntar nuestras linternas, por pequeñas que sean, a lo que nos encanta. ¿Qué hacemos cuando leemos un libro extraordinario de una autora increíble? ¿Lo recomendamos y celebramos? ¿Lo prestamos a nuestros seres queridos, los regalamos para los cumpleaños? ¿Los integramos a nuestras clases (quienes somos profesoras)? Quienes leemos también tenemos esa responsabilidad (que es un gozo, por cierto, no una carga pesada) de hacer correr la voz sobre autoras maravillosas y libros que no nos logramos sacar de la cabeza. Organizar clubes de lectura, citar pedacitos de los textos que nos deslumbran en nuestras redes sociales. Y no solo en marzo, por supuesto. Así, al celebrar en este 8M a las creadoras, también celebremos a las lectoras que hacen posible que esos nombres circulen sin nunca perder de vista que podríamos ser muchos más.

Por estos días, la escritora Inés Martín Rodrigo escribía en su columna sobre las escritoras de quienes se sentía en deuda. Y es cierto que quienes escribimos (pero también, ojo, quienes leemos) les debemos tanto a tantas que vinieron antes que nosotras. En mi caso, por ejemplo, no estaría aquí sin Virginia Woolf, sin Emily Brontë, sin Louisa May Alcott, sin Jean Rhys, sin Mavis Ga-

llant, entre tantas otras. Pero también no sería la misma sin quienes escriben hoy, quienes siguen escribiendo y deslumbrándonos en las nuevas generaciones, quienes nos motivan a seguir trabajando, quienes le dan cada día vida nueva a la literatura; nuevos rumbos.

En Latinoamérica este mes llegan los nuevos libros de dos grandes escritoras contemporáneas y es gran motivo de celebración: **Una casa sola**, de Selva Almada (en

Hay que sacar a la luz, pero también hay que apuntar nuestras linternas, por pequeñas que sean, a lo que nos encanta.

la que nos habla una casa, invadida por la naturaleza, en diálogo con la Historia), y **Miembro fantasma**, de Fernanda Trías (escritora uruguaya que ha recibido ya dos veces el prestigioso Premio Sor Juana Inés de la Cruz y que, con este libro, vuelve de forma magistral y atrevida a los cuentos, con un volumen que resultó finalista del Premio Internacional Ribera el Duero). También, desde España, llegan dos regresos grandiosos: Eider Rodríguez, que también vuelve al cuento después de esa maravilla que fue **Un corazón demasiado grande**, y Desirée de

Fez, que se estrena en la ficción (después de esa tremenda reflexión sobre la identidad y el cine que es **Reina del grito**) con **No la dejes sola**.

Para irme ya despidiendo, van dos recomendaciones, dos celebraciones. Aprovechando que se encuentra ahora en el catálogo de MUBI su adaptación cinematográfica, les recomiendo **Un invierno en Sokcho** de la escritora franco-coreana Élisabeth Shua Dusapin, una autora de libros breves y conmovedores (su última novela, que leí en traducción al inglés porque todavía no está en español, **The Old Fire**, es probablemente el libro perfecto para quienes adoraron la película *Sentimental Value*, pero toda su obra es extraña y fascinante). También, una de las

autoras que me tiene más encantada este último tiempo es la francesa Maylis de Kerangal, cuyas obras entrelazan reflexiones bellísimas sobre el arte y

un ojo sin igual para las relaciones humanas. Muchos de sus libros pueden encontrarse en Anagrama. Mi favorito es **Canoas**, una colección de cuentos conectados.

El consuelo del rescate es pensar que siempre habrá alguien que lea más allá, que descubra y tenga el ánimo y la energía de llamarnos la atención sobre maravillas. Pero intentemos mirar antes. Aprovechar este mes de marzo, quizás, para salirnos de los nombres (o los países, o las editoriales) de siempre y darles una oportunidad a otras voces contemporáneas